

Nosferatu. Revista de cine (Donostia Kultura)

Título:
Sa dernière parade

Autor/es:
Oms, Marcel

Citar como:
Oms, M. (1992). Sa dernière parade. Nosferatu. Revista de cine. (10):18-23.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/40828>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



donostiakultura.com

Nosferatu. Revista de cine

Título: Sa dernière parade

Autor/es: Oms, Marcel

Citar como: Oms, M. (1992). Sa dernière parade. Nosferatu. Revista de cine. (10):18-23.

Editado por: Donostia Kultura

Documento descargado de: <http://hdl.handle.net/10251/40828>

Copyright: Todos los derechos reservados.

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



UNIVERSITAT
POLITÈCNICA
DE VALÈNCIA

donostiakultura.com



JACQUES TATI

Sa dernière Parade

Marcel Oms

Fue, ciertamente, su última aparición en público.

El Cine Club de Sabadell -uno de estos lugares de tradición cultural cinematográfica de los que ya sólo quedan un puñado, diseminados como otros tantos oasis donde uno todavía puede abrevarse en las fuentes puras, durante la travesía del desierto en que se ha convertido el amor al Cine y a su Historia- había invitado a Jacques Tati para clausurar el ciclo de homenaje que se le había dedicado.

¿Cómo y por qué había acepta-

do él, el gran payaso universalmente conocido, que rehusaba tantas invitaciones por razones de su edad y de su cansancio, atravesar Francia para aterrizar en este extrarradio catalán de fuerte tradición obrera, donde aún se pensaba tanto en él? El misterio nunca ha sido completamente aclarado por los organizadores... ¿Presciencia del fervor que le aguardaba? Tal vez... ¿Placer o desafío? Por qué no... Más probablemente, obediencia instintiva al impulso de los grandes artistas a encontrarse con su público.

Lo cierto es que la sala de cine se encontraba llena a rebosar cuando, en medio de una in-

mensa ovación, Jacques Tati se adelantó por el practicable preparado entre la pantalla y la sala, a través del público...

Tras las palabras de bienvenida de costumbre y algunas explicaciones sobre las circunstancias de la realización de **Parade**, que íbamos a ver, después de estas palabras casi convencionales pronunciadas detrás de una mesa, con carácter oficial, Tati se había levantado para pasar entre la muchedumbre, pero, transfigurado como el Cristo del Evangelio, parecía caminar sobre las aguas, por encima de las cabezas de los asistentes... La penumbra, la iluminación, toda

la extraña atmósfera de una ceremonia misteriosa en presencia de varios cientos de iniciados, contribuyan a la irrealidad de un modo de andar aéreo y translúcido que parecía volver a dar vida al fantasma de Sylvie, el primer y frustrante gran papel de Jacques Tati.

De repente estaba allí, este fantasma de silueta desgarbada, de pasos frágiles y sin huellas, fiel compañero de los ensueños infantiles de Sylvie, prisionera en el castillo que la protege del mundo exterior y de los peligros del amor. Fantasma transparente, visible sólo para la inocencia, dibujado en contornos de luz sobre los muros y los corredores, descendido de un viejo cuadro cómplice con su sola estrella de claridad, fantasma fraternal y protector de la frágil muchacha que le confía sus ilusiones; fantasma, en una palabra, en quien pueden depositarse las más locas esperanzas, fantasma demasiado humano cuyo vuelo nos apena... ¿Quién no ha deseado, al ver *Sylvie et le fantôme*, que este alto mozo cuyo rostro apenas percibimos, de paso deportivo, de tan delicadas atenciones, se materialice de una vez por todas y se haga visible para todos, para felicidad de aquella que tanto lo merece y que finalmente sólo tiene ojos para el otro? Sobre la música insólita imaginada por René Cloarec para ser interpretada únicamente por la flauta de Pan, el fantasma impalpable se desliza y viene a nuestro encuentro en el viejo y anticuado cine de Sabadell...

Claude Autant-Lara me contó un día cómo había llamado a Jacques Tati en la época en que a éste las privaciones le "*hacían pasar las de Caín*", inmediatamente después de acabar la guerra. Conocido por sus números de pantomima deportiva, Tati, que con *Soigne ton gauche* y *L'école*

des facteurs ya había realizado ensayos cortos burlescos dirigidos (al menos uno) por René Clément, de pronto tenía una familia a su cargo... y la simpatía de la profesión. Para aportarle una pequeña ayuda inmediata, Autant-Lara le propuso una "payasada", un poco de figuración inteligente en la película que estaba rodando, *Le diable au corps...* Y así es como el espectador atento (¡y prevenido!) puede en esta película reconocer a Jacques Tati en dos ocasiones: como recluta inglés que se ha excedido en el consumo de cerveza y que a voz en grito berrea "*It's a long way to Tipperary...*", o algo parecido, y como sorche francés, prestando socorro a la heroína víctima de los primeros dolores del parto, mientras por todos lados estalla la alegría del armisticio en una Marsellesa gozosamente desafinada que paraliza a Jacques Tati en un "*¡firmes!*" lastimoso y solemne... Desconcertante desdoblamiento de personalidad bajo el uniforme. Claude Autant-Lara era quien, el año anterior, había hecho de Jacques Tati el fantasma enamorado de Sylvie...

Sobre el practicable, como roda de buque que se abre paso entre el gentío, la silueta se anima, se agita con molinetes de brazos que saludan triunfalmente, se embrollan con torpeza sabiamente calculada, esbozan un movimiento de saque, efectúan un ademán giratorio y dan un *uppercut* de gran efecto. La sala se viene abajo de risa, aplaude a este fantasma que de repente no tiene edad, devuelto a su agilidad juvenil, que por instinto recobra todos los automatismos de sus primeros esbozos filmados... Parade...

Parade, antología del circo, último adiós a la pista de las estrellas, es una película en la que Jacques Tati ha reunido todo lo que perpetúa la tradición para

uso de las nuevas formas de difusión popular, el vídeo y la televisión. Hablando con propiedad, esto no es una película: es una representación que Tati se ofrece y nos ofrece de sus amigos, de los números de éstos y de él mismo como Monsieur Loyal, maestro de ceremonias de esta última fiesta.

Con la agilidad que permite la cámara portátil, visitamos tanto lo que ocurre entre bastidores como el espectáculo mismo, vamos a descubrir los secretos y el misterio que se oculta tras el telón, en busca de revelaciones o de simples indiscreciones, al estilo de esos chiquillos traviesos que, creyendo haber visto bastante, dejan de lado la parte anterior de la escena para buscar revelaciones desconcertantes más fascinantes, más deslumbrantes, más sorprendentes, en fin, que los números mejor ordenados. Devolver a cada uno este espíritu de la infancia, que al orden oficial del programa nos hace preferir la traviesa escapatoria entre las amazonas de tutú, los carromatos de las fieras, los prestidigitadores acalorados, los equilibristas relajados o los torpes payasos: tal es aquí el papel que se ha adjudicado Jacques Tati con ocasión de su último espectáculo.

La evolución del cine de Jacques Tati después de *Playtime* había tomado un sesgo inquietante. No es que la lúcida perspicacia de su mirada sobre nuestros semejantes hubiese sido cogida en falta, sino que su gana de reírse de ellos se había vuelto tan viril y tan profunda, que hacía llorar...

En *Playtime*, donde las salas de estación terminal se parecen a las salas de espera de los hospitales, donde los turistas que desembarcan etiquetados, numerados, regimentados, son inmediatamente dirigidos hacia

una especie de campos de concentración con ventanales, donde la inauguración de un *Night-Club* precede al fin de las obras y coincide con su derribo, donde el universo entero parece a tal punto inasequible, fugaz y abstracto que el hombre se pierde en él, Monsieur Hulot arrastraba su soledad desesperada en la implacable monotonía de imágenes uniformizadas, en la que todos los países del mundo, sin originalidad, se parecen...

En *Trafic*, el nuevo universo del automóvil llevaba a Hulot muy lejos de aquel trasto de coche resallante, bufonesco y versátil de sus nostálgicas vacaciones.

Estas certeras imágenes de lo

que ha llegado a ser nuestra vida cotidiana habían acabado asfixiando una "vis cómica" basada en la libertad del cuerpo, de la risa y de los encuentros fortuitos.

En un universo de hormigón y de glaciales cortesías no quedaba ya lugar para el rayo de sol que despierta el canto de un pájaro, para la fantasía incómoda y no conformista de un tío molesto y extravagante; para la imaginación galopante de los carteros de aldea que todos los días luchan con la abeja que acecha en el cruce y, desencadenando un molinete de brazos y piernas provoca, en primer término, el choque de dos cacharros...

Acompañado por la trayectoria de los proyectores que agigantan su silueta, Jacques Tati vuelve a hallar sus andares de piernas demasiado largas, que se cargan de reverencias, colocan su torso paralelo al suelo, enderezan todo su cuerpo, que se desdobra y se despliega; se dobla en media vuelta, se repliega en pirueta, se arquea y se relaja con los brazos en arco iris por encima de los molinos.

Un último molinete, una última reverencia, una sonrisa entendida y Monsieur Hulot, Don Quijote de la risa, se va...

Era -pero nosotros no lo sabíamos aquella noche de Mayo de 1982...- *sa dernière parade...*

JACQUES TATI



Rodaje de *Mi tío*
(*Mon oncle*, 1958)
© PANORAMIC/CEPEC



JACQUES TATI

Ce fut certainement sa dernière apparition publique.

Le Ciné-Club de Sabadell -un de ces lieux de tradition culturelle cinématographique comme il n'en reste plus désormais qu'une poignée, disséminée comme autant d'oasis où l'on peut encore s'abreuver aux sources pures, dans la traversée du désert qu'est devenu l'amour du Cinéma et de son Histoire- avait invité Jacques Tati pour clore le cycle d'hommage qui lui avait été consacré.

Comment et pourquoi avait-il accepté, lui le grand clown universellement connu, lui qui déclinait tant d'invitations au motif de son âge et de sa fatigue, de traverser la France pour venir se poser dans cette banlieue catalane de forte tradition ouvrière où l'on pensait encore si fort à lui? Le mystère n'a jamais été totalement élucidé par les organisateurs... Présence de

la ferveur qui l'attendait? Peut-être... Goût ou défi? Pourquoi pas... Plus sûrement obéissance instinctive à la pulsion des grands artistes à la rencontre de leur public.

Toujours est-il que la salle de cinéma était archicomble lorsque dans une immense ovation Jacques Tati s'avança sur le praticable ménagé entre l'écran et la salle, à travers le public...

Après les mots de bienvenue d'usage et quelques explications sur les circonstances de réalisation de **Parade**, que nous allions voir, après ces mots presque de convention prononcés derrière une table, aux allures officielles, Tati s'était levé pour traverser la foule, mais, transfiguré comme le Christ de l'Évangile, il parut marcher sur les flots, par dessus les têtes de l'assistance... La pénombre, l'éclairage, toute l'atmosphère étrange d'une cérémonie mystérieuse en présence de plusieurs

centaines d'initiés, contribuaient à l'irréalité d'une démarche aérienne et translucide qui paraissait redonner vie au fantôme de Sylvie, le premier et frustrant grand rôle de Jacques Tati.

Il était là, soudain, ce fantôme à la silhouette dégingandée, aux pas fragiles et sans traces, fidèle compagnon des rêveries d'enfance de Sylvie, prisonnière du château qui la protège du monde extérieur et des périls de l'amour. Fantôme transparent, visible de la seule innocence, dessiné en contours de lumière sur les murs et les couloirs, descendu d'un vieux tableau complice avec sa seule étoile de clarté, fantôme fraternel et protecteur de la fragile jeune fille, qui lui confie ses illusions, fantôme enfin en qui peuvent s'investir les espoirs les plus fous, fantôme trop humain que son envol nous peine...

Qui n'a pas souhaité, en voyant **Sylvie et le fantôme**, que ce

grand garçon au visage entraperçu, à l'allure sportive, aux attentions si délicates, ne se matérialise une bonne fois pour toutes et se rend visible à tous pour le bonheur de celle qui la mérite tant et n'a finalement d'yeux que pour l'autre? Sur la musique insolite imaginée par René Cloarec pour n'être jouée qu'à la flûte de Pan, le fantôme impalpable glisse à notre rencontre dans le vieux cinéma désuet de Sabadell...

Claude Autant-Lara m'a raconté un jour comment il avait fait appel à Jacques Tati, à l'époque où celui-ci "bouffait de la vache enragée", au lendemain de la guerre. Déjà connu pour ses numéros de pantomime sportive, Tati, qui avait déjà avec **Soigne ton gauche** et **L'école des facteurs** réalisé des courts essais burlesques mis en scène (un au moins) par René Clément; avait soudain charge de famille... et la sympathie de la profession. Pour lui apporter une petite aide immédiate, Autant-Lara lui a proposé une "frime", un peu de figuration intelligente dans le film qu'il était en train de tourner, **Le diable au corps**... Et c'est ainsi que le spectateur attentif (et averti!) peut dans ce film reconnaître Jacques Tati à deux reprises: en trouffion anglais ayant poussé sur la consommation de bière et gueulant à tue-tête "*It's a long way to Tipperary*"...; ou quelque chose d'approchant; et en bidasse français, portant secours à l'héroïne en proie aux premiers malaises de son enfancement, tandis que tout autour la joie de l'armistice éclate dans une Marseillaise joyeusement désaccordée qui fige Jacques Tati en un garde-à-vous pitoyable et solennel... Déconcertant dédoublement de personnalité sous l'uniforme.

C'est Claude Autant-Lara qui, l'année précédente, avait fait de Jacques Tati le fantôme amoureux de Sylvie...

Sur le praticable, comme une étrave fendant la foule, la silhouette s'anime, s'agite avec des moulinets de bras qui sautent triomphalement, s'em mêlent dans une maladresse savamment calculée, esquissent un engagement au service, moulinent un uppercut swingué du meilleur effet; la salle croûle de rire, applaudit ce fantôme soudain sans âge, rendu à sa souplesse juvénile, retrouvant d'instinct tous les automatismes de ses premières ébauches filmées... Parade...

Parade, anthologie du cirque, dernier adieu à la piste aux étoiles, est un film dans lequel Jacques Tati a rassemblé tout ce qui perpétue la tradition à l'usage des nouvelles formes de diffusion populaire, la vidéo et la télévision. Ce n'est pas, à proprement parler un film, c'est une représentation que Tati se donne et nous donne de ses amis, de leurs numéros et de lui-même en Monsieur Loyal, ordonnateur de cette réjouissance ultime.

Avec la souplesse qu'autorise la caméra portative nous visitons les coulisses autant que le spectacle, à la découverte des secrets et du mystère qui se cachent derrière le rideau, en quête de révélations ou de simples indiscretions, à la manière de ces gosses espiègles qui croyant en avoir assez vu délaissent le devant de la scène pour de déconcertantes révélations plus fascinantes, plus éblouissantes, plus surprenantes enfin que les numéros les mieux réglés. Rendre à chacun cet esprit d'enfance qui nous fait préférer à l'ordonnancement officiel du programme, l'escapade buissonnière parmi les écuyères en tutu, les roulottes à fauves, les prestidigitateurs à l'échauffement, les équilibristes décontractés ou les clowns maladroits, tel est ici le rôle que s'est

attribué Jacques Tati à l'occasion de son dernier spectacle.

L'évolution du cinéma de Jacques Tati depuis **Playtime** avait pris un tour inquiétant. Non point que la lucide perspicacité de son regard sur nos semblables ait été prise en défaut, mais son envie d'en rire était devenue si mâle et si profonde, qu'elle en faisait pleurer...

Dans **Playtime** où les *halls* d'aérogare ressemblent aux salles d'attente des hôpitaux; où les touristes qui débarquent étiquetées, numérotées, enrégimentées sont aussitôt dirigées vers des sortes de camps de concentration à baies vitrées; où l'inauguration d'un *night-club* précède la fin des travaux et coïncide avec sa démolition, où l'univers tout entier semble à ce point insaisissable, fugace et abstrait que l'homme s'y perd, Monsieur Hulot traînait sa solitude désespérée dans l'implacable monotonie standard d'images où tous les pays du monde, sans originalité, se ressemblent...

Dans **Trafic**, le nouvel univers automobile emportait Hulot bien loin de la guimbarde pétaradante, clownesque et versatile de ses nostalgiques vacances.

Ces trop justes reflets de ce qu'est devenue notre vie quotidienne avaient fini par assassiner d'étouffement une "vis comica" fondée sur la liberté du corps, du rire et des rencontres fortuites.

Dans un univers de béton et de cérémonies glacées il n'y avait plus place pour le rayon de soleil qui réveille un chant d'oiseau, pour la fantaisie inconfortable et non conformiste d'un oncle lunaire et farfelu; pour l'imagination galopante des facteurs de campagne aux prises chaque jour avec l'abeille qui guette au carrefour et, déclenchant un tourniquet de bras et de jambes,



JACQUES TATI

provoque, en premier plan, le choc de deux tacots...

Accompagné par la promenade des projecteurs qui magnifient sa silhouette, Jacques Tati retrouve sa démarche aux jambes trop longues qui s'encombrent de

courbettes, ramènent son torse en parallèle au sol, redressent tout son corps qui se déplie et se déploie; se plie en demi-tour se replie en pirouette, se cambre et se détend avec les bras en arc-en-ciel par dessus les moulins.

Un dernier moulinet, une dernière révérence, un sourire entendu et, don Quichotte du rire, Monsieur Hulot s'en va...

C'était -mais nous ne le savions pas ce soir-là, en Mai 1982...- sa dernière parade...